

NOMBRE: Fernando José León Palacios

PERSONAJE: MENUDO, el pirata borracho

MENUDO, el pirata borracho

Cuenta la leyenda que quien se haga a la mar buscando un tesoro, jamás lo encontrará. Menudo siempre había sido un niño muy vivo y muy alegre. Todas las mañanas, pronto, muy pronto, a esas horas en que casi no había nadie en la calle, bajaba con su madre a la playa, a jugar en la arena levantando castillos, a dejarse perseguir los pies por las olas, y a hacer barquitos de papel que luego soltaba en el mar con emoción de marinero.

Llegó sin embargo el día en que sus padres lo llevaron al colegio. Allí se dio cuenta Menudo, gracias a los dedos índices del resto de sus compañeros, de que era tuerto, pues en su casa nunca había habido espejos y sus padres jamás quisieron decirle que había perdido el ojo derecho antes incluso de nacer, por no hacerle sentir diferente. Aquel día, su ojo izquierdo se cubrió de amargas lágrimas por primera vez. Una noche, después de haber aguantado como cada día los insultos en clase, Menudo decidió convertirse en el pirata más famoso del mundo. ¡Encontraría el tesoro más valioso de los siete mares y entraría en su colegio a la vuelta de sus aventuras cubierto de gloria, entre aplausos y hurras! Al fin y al cabo, los piratas eran personas alegres como él, en el mar no había más espejo que el borroso reflejo de las aguas, y siendo pirata, se podía ser tuerto sin problema.

Durante meses estuvo tardes enteras después del colegio trabajando en secreto en su astillero de papel, construyendo su barquito, pensando en el momento en que habría de zarpar abandonando la vida en tierra, para vivir todas las aventuras que su nuevo destino le prometía. La noche en que todo estuvo preparado, Menudo dejó una nota escrita encima de la mesa de la cocina para sus padres, en la que decía "Me voy en busca del tesoro". Menudo nada conocía de las antiguas leyendas, cuando se echó a la mar en su barquito de papel, al que bautizó como Patuco. Pues navegaba lento y seguro como un pato, y su pequeña forma le recordaba a sus zapatos de cuando era bebé. El pequeño pirata buscaría la gloria con la mitad de su mirada, bebiendo ron, dejando pasar los días y las noches, los meses y los años tras la estela de su barco, siempre navegando en dirección al sur.

Pasaron veinte años de navegación sin descanso, en su casa y en el colegio donde había estudiado le dieron por desaparecido, incluso todo el mundo llegó a aceptar su muerte. Del poco moverse y del mucho beber, quedó anquilosada su estatura en el metro y medio. No puede decirse que Menudo fuese amigo de los grandes festines culinarios, pero el mar con sus peces y criaturas, a la par que su sed de aventuras tras el tesoro, alimentaban su ánimo y su espíritu, no así su raquítico cuerpo, que apenas se sostenía sobre los barandales de Patuco. Menudo era un Don Quijote del mar. Cada noche a la luz de las estrellas, pensaba en el día que encontrase el tesoro que prometía su búsqueda. ¿Pero qué sería realmente aquel tesoro? Él pensaba en un cofre lleno de monedas de oro, y medallas con escapularios adornados con banderas de otro tiempo. O podía tratarse de la única sirena del mundo, que le esperaba con los brazos abiertos para jurarle amor eterno e irse con él por siempre jamás... Nadie lo sabía, ni tan siquiera él, que lo llevaba buscando durante años junto a Picodoro, un loro charlatán e inseparable que encontró una mañana en la perdida isla de Suinfancia.

-¡Siempre buscas un tesoro y no encuentras nada! ¿Por qué no vuelves a tu casa, Menudo?

-Quien tiene un amigo, tiene un tesoro. Tantos años perdidos en la mar... ¿Para ahora rendirnos?

-¿Y si el tesoro que buscas no existe?

- Siempre hay un tesoro para aquellos que lo buscan, Picodoro.

-Tanto ron, te ha dejado la cabeza seca. ¡Seca! Ya no eres un niño Menudo, aunque no levantes un palmo del suelo. ¿Qué pensarán tus padres? Pensarán que has muerto, y los niños que te insultaban en el colegio, ya no serán niños, serán hombres que se olvidaron de ti, y que incluso se alegrarían por verte. Ese es tu tesoro, Menudo. ¡Estas vivo!

Menudo cambió el rumbo de Patuco hacia el norte, y no habló durante toda la travesía de vuelta. Regresaba a su playa, a su familia, a las paredes del colegio donde aprendió a leer historias de Piratas.

El periplo duró algo menos de un año, toda la ciudad se reencontró con él al verlo llegar en Patuco:

-¡Viva Menudo! ¡Hurra! ¡Está vivo!

En los brazos de sus ancianos padres, Menudo encontró el tesoro que había estado buscando.